

Escrito por: Cangreburquito

Resumen:

Una mujer, hastiada de su marido, se reencuentra con un viejo compañero de colegio.

Relato:

Edmundo dormía plácidamente en su cama mientras, a su lado, Mariana lo contemplaba con una expresión de insatisfacción total, marcada en el rostro. Ya casi iba a ser un mes desde la última vez que su esposo le había hecho el amor, y ella ya se sentía deseosa. Para Mariana no había placer más grande que el sentir un pedazo de carne viva palpitándole en las entrañas y, justo en ese preciso momento, aquel apetito la atacaba. Su cálida y húmeda vagina pedía a gritos verga. En realidad, Mariana siempre había sido una mujer especialmente cachonda, incluso desde su adolescencia. Durante sus estudios de secundaria frecuentemente se escapaba de clases para irse a fajar a escondidas con algún chico. Chaparrita y caderona, llamaba mucho la atención de sus compañeros. Aún antes de cumplir los 15 años, sus nalgas, ya desde entonces de buen volumen, habían sido acariciadas y amasadas varias veces por diversas manos sobre aquel vestido entallado color gris de su uniforme. A ese paso, no fue sorpresa que no pasara mucho tiempo para que la desvirgaran. El afortunado desflorador había sido Antonio, un compañero un par de años mayor quien, de por sí, tenía fama de galán y cogelón. Sus camaradas lo alababan y envidiaban por igual, pues, según las habladorías, se había cogido a, por lo menos, cinco compañeras de su mismo salón, más otras tantas de grados y grupos diferentes. Había chismes que incluso mencionaban a una maestra, pero Antonio nunca confirmaba ni negaba nada. Era un tipo que, si bien le gustaba ser admirado, no se ufanaba de sus triunfos. Al parecer, Mariana sólo había sido una más para Antonio, sin embargo, para ella, aquella primera vez que tuvo su pene en el interior cambió todo. Se le volvió una necesidad imperante el conocer y poseer los más variados falos. Le fascinaba sentir las muy distintas texturas, tamaños y complejiones de cada uno de ellos. Esto la llevo a relacionarse (sexualmente) con distintos hombres, lo que la condujo a terminar embarazada de uno de ellos, por descuido. Mariana se casó muy joven, a los 16 años, con aquel que la había embarazado, quien, a su pesar, no fue el semental con quien le hubiera gustado terminar en matrimonio. Tras años de convivencia marital, Mariana notó que Edmundo era alguien sin muchos bríos y un tanto aplatanado tanto en la vida como en la cama. Trabajaba en una oficina como asistente de contador y no parecía tener interés en ascender a puestos más altos. Mientras contemplaba a su marido aquella

mañana, lo escuché; hablar entre sueños.

— Mariana; Mariana; que ricas están tus tortas, amor. Ella se acercó; a él tras escuchar esto y, deseosa como estaba, pensó; que tales palabras revelaban que su esposo soñaba con ella en pleno agasajo sexual. Riéndose; al pensar en el sueño de Edmundo, se imaginaba a su esposo tomándola con ambas manos de sus frondosas nalgas a palma abierta mientras que la besaba ardientemente. Tratando de convertir ese sueño en realidad despertó; a Edmundo mordándole con lascivia su oreja. Este despertó; con sobresalto y miró; a su esposa quien lo veía ansiosa. — ¿Qué pasa;? — dijo él. — Nada, sólo quiero hacer tu sueño realidad — le dijo Mariana. Mariana lo besó con lujuria y poco después Edmundo se incorporó;.

— ¿Cómo? — preguntó; Edmundo.

— Pues es que te escuché; hablar entre sueños rogando por mis tortas. — Entonces, ¿hablo dormido? Mariana sonrió; ante la expresión extrañada de su esposo. Con actitud sexosa, ya comenzaba quitarse el pijama que cubría su magnífico cuerpo, cuando las palabras de su esposo la desmoralizaron. — Pues la verdad es que amanecí; con mucha hambre. Tengo ganas de comerme unas tortas, de esas que preparas tan ricas, hmmm. Te quedan deliciosas. Edmundo se levantó; de la cama y se dirigió; al baño. — Preparame unas para llevar al trabajo ¿quieres? Mientras me baño. Mariana, estupefacta, no podía entender por qué; su esposo no la devoraba como tantos hombres lo hacen tan solo con la mirada. Y es que ella era muy consciente del deseo que provocaba cuando caminaba en la calle y la veían pasar; a sus 26 años, Mariana no desmerecía en su belleza de juventud, pese a tener ya dos hijos. Mientras preparaba las tortas para su esposo, con cierta furia y frustración por la incapacidad de su cónyuge para satisfacerla, a Mariana le vino el recuerdo de aquel jovencuelo que la había desflorado. No sabía; nada de él desde la secundaria. Cómo le hubiera gustado haberse casado con él en vez de Edmundo. Aquél sí; que era un hombre. Al mismo tiempo que envolvía las tortas para su marido, Mariana rememoraba el momento en el que Antonio la había desvirgado. Aún joven, pero plenamente vigoroso, después de arrancarle prácticamente de un tirón sus pantaletas, la penetró; de un solo empujón. Los dos habían estado fajando atrás de un salón de clases, resguardados por los matorrales de alrededor. Mientras comenzaba una ligera llovizna se dejaron llevar por su mutuo deseo, tanto que no les importó; cuando aquel chipi chipi se incrementó; hasta volverse una fuerte lluvia. Ninguno de los dos se detuvo y, pese a quedar completamente empapados, ambos siguieron con aquel muelleo propio de la cacha. Ambos se movían con una coordinación digna de admirarse. Bajo la cruenta lluvia sus movimientos parecían haber sido ensayados, dado

el excelente acoplamiento de la pareja. Era indudable que eran el uno para el otro, pensó ella. Mariana salió abruptamente de tal ensordecedora manera, cuando uno de sus hijos se le acercó tirándole de la ropa exigiendo su propia torta para llevar al colegio. Se trataba de Esteban, el menor de sus dos hijos, quien a sus 6 años iba en primer año de primaria. Esteban notó una mancha de humedad en el pantalón del pijama de su mamá, e inmediatamente lo dio a saber. — ¡Mami, mami! ¿Te hiciste pipí? — preguntó el muy inoportuno. Mariana se miró y notó que, en efecto, tenía una mancha de humedad producto de su propia excitación al recordar tan apasionados eventos de su adolescencia. Mariana caminó a cambiarse de ropa, mientras el muy impertinente infante ya corría hacia su hermano mayor para contarle el chisme. Durante el trayecto a la escuela, ambos niños no dejaron de molestar a su mamá con aquello de que se había orinado. Y para acabar de importunarla, cuando los niños salieron del colegio, lo hicieron con un citatorio para ella. A Mariana le molestaban aquellas juntas escolares, sin embargo, al día siguiente asistió, pues su marido no podía debido al trabajo. En la junta se expuso que, como cada año, se realizaría una kermés con el fin de recaudar fondos para el festival de fin de año. A Mariana no le quedó otra que participar con la venta de sus sabrosas tortas. Para ella era más que engorroso meterse en esos menesteres, pero por lo menos sacar algo de dinero para sí. Mariana tuvo buena venta el día de la kermés, pero lo mejor es que se topó con Adela, una de sus viejas amigas de la secundaria. Ambas se distanciaron cuando a Mariana le entraron celos al enterarse que Adela se había acostado con Antonio. Desde ese momento se dejaron de hablar. Sin embargo, ahora, al reencontrarse, todo era borrón y cuenta nueva. Las dos charlaron largo y tendido, como las viejas amigas que habían sido. Durante la charla, Mariana no dudó en preguntar, a su antigua compañera de estudios, si sabía algo de Antonio. — Pues le ha ido muy bien, es un exitoso empresario — contestó para su grata sorpresa Adela —. Acaba de comprarse una casa de campo. Una sonrisa iluminó el rostro de Mariana al oír hablar de él. Aquel quien le había enseñado los placeres de la carne. Su amiga supo interpretar su expresión y continuó hablando. — Está más guapo y atractivo que nunca. Sergio, mi marido, trabaja con él y se llevan muy bien. Ah, y por cierto, nos ha invitado a conocer su nueva propiedad. Oye, ¿qué te parece si nos acompañas. Estoy segura de que se sentirá muy contento si llegas con nosotros — dijo Adela. Mariana se quedó en silencio tras aquella proposición. En su mente varios pensamientos se agitaban creando una borrasca. Las responsabilidades: los niños, su marido, el hogar... todo aquello se enfrentaba a un único elemento: su deseo sexual. Al final ganó lo inevitable. — Pues sí, acepto. Si a tu marido no le

molesta yo… —no terminô de hablar.
—Claro que no. A Sergio le encantarâ que nos
acompañes, ya verâs la pasaremos s&uacirc;per este
fin de semana —le asegurô Adela.
—?Ya este fin? —pregunt&eacirc; en tono de
duda. En ese momento tom&eacirc; consciencia de que si me
dejaba arrastrar por mi incertidumbre perder&iacirc;a la oportunidad
de ser la propia protagonista de mi vida. Ten&iacirc;a que actuar por
m&iacirc; misma. Mi propia satisfacciôn estaba en mis
propias manos. Desde ahora yo ser&iacirc;a la narradora de mi
propia vida. Llegu&eacirc;a a casa e inmediatamente
comenc&eacirc;a preparar maletas. Sôlo ser&iacirc;a un fin
de semana pero quer&iacirc;a ir bien preparada. Eleg&iacirc; el
juego de ropa interior mâs sexy y provocativo de mi
guardarropa y compr&eacirc; un caro perfume. Nunca hab&iacirc;a
hecho semejante gasto, pero este evento lo ameritaba,
ademâs Antonio, a diferencia de mi marido, seguramente
apreciar&iacirc;a este fino detalle. —Si se hubiese tratado de
otro de mis viejos atacadores, probablemente hubiera resistido la
tentaciôn, pero nadie me hab&iacirc;a cogido como Antonio
—me dec&iacirc;a a m&iacirc; misma mientras continuaba
empacando, como si tuviera que justificar mi propia decisiôn.
Cuando o&iacirc; que se abr&iacirc;a la puerta principal anunciando
el regreso de mi marido, yo a&uacirc;n no decid&iacirc;a que
coartada le dar&iacirc;a para explicar mi ausencia los siguientes
d&iacirc;as. Al final tuve una inspiraciôn. —Edmundo,
te quer&iacirc;a decir que este fin de semana pienso salir a la capital
del estado —le coment&eacirc;a Edmundo mientras le
serv&iacirc;a su cena. —?Ah s&iacirc;? —me
respondiô escuetamente el lerdito de mi marido.
—S&iacirc;, es que en la kerm&eacirc;s de la escuela,
algunas de nosotras, nos empezamos a organizar pues pensamos
abrir un negocio de comida, y parece que el gobierno estâ
apoyando econômicamente a mujeres como nosotras. Pero
hay que ir hasta allâ para pedir informes. Parece mentira,
pero por primera vez me alegraba la estupidez de mi marido. El muy
incauto, as&iacirc; como as&iacirc;, aceptô mis palabras. El
viaje hacia aquel lugar veraniego, donde se encontraba la nueva
casa de Antonio, resultô muy entretenido. Sergio, el esposo
de Adela, era una persona muy agradable. Cuando por fin llegamos
a la casa de Antonio, me di cuenta de que realmente hab&iacirc;a
tenido &eacirc;xito en la vida. Su casa era una aut&eacirc;ntica
residencia. Una puerta automâtica se abriô
permiti&eacirc;ndonos la entrada y &eacirc;l saliôa
recibirnos. Me sent&iacirc; extraña al encontrarme de nuevo
con &eacirc;l. Hab&iacirc;a cambiado, sin duda, pero era evidente,
de acuerdo a la expresiôn de sus ojos y el efusivo abrazo,
que a&uacirc;n se acordaba de m&iacirc;. Tras una plâtica
de un par de horas, Adela y Sergio decidieron ir a conocer el pueblo,
dejândonos a Antonio y a m&iacirc; solos. No tardô
mucho en acercârseme y rodear mi cintura con su brazo.
Mov&iacirc; la cabeza hacia &eacirc;l y nuestros labios se unieron,
al principio dulce y suavemente pero mientras rodeaba su cuello con

mis brazos, nuestras lenguas empezaron a buscarse y nuestros cuerpos se unieron y me sentí la presión de su verga contra mi vientre. Comencé a susurrarme palabras de amor recordando nuestra primera y última vez. — Te deseo con toda mi alma — me dijo, mientras sus manos se cerraban sobre mi trasero apretando muy fuerte mis nalgas. Mis entrañas palpitaban de deseo y mis ojos se clavaron en los suyos. — Mi vida... ¡Te he extrañado todos estos años! — confesé entre suspiros. Entonces, como en un sueño, me sentí transportada en sus brazos hasta una de las recámaras. Sus manos no dejaban de estrujar mis nalgas y posteriormente mis tetas sobre la tela de mi ropa. Me fue desnudando lentamente, deteniéndose para admirar cada uno de mis tesoros. Sus dedos se movieron entre mis muslos en busca de mi ansiosa vagina. Se lo el nylon de mis panty separaba sus manos de mi deseosa vulva. Con las piernas temblorosas, me sentí al borde de la cama, contemplando a Antonio quitándose la ropa. — ¡Jesús, qué verga! — pensé, cuando se bajó el calzón. Casi me había olvidado de lo grande que era. La roja e hinchada cabeza me apuntaba como si me estuviera mirando por su pequeño orificio. Antonio me bajó las pantimedias y miró amorosamente mi raja femenina que ya emanaba una suave crema. Con ternura pasó un dedo a lo largo de la entrada y eso bastó para que me tendiera sobre la cama con las piernas abiertas, invitándome a penetrarme. — ¡Mítemela! ¡Cógeme con todas tus fuerzas! — gemí, suplicante y enardecida a la vez. Su cuerpo cubrió el mío y sentí cómo su enorme y dura verga entraba hasta el fondo de mi sexo, mientras sus manos jugaban con mis pechos. Antonio empezó a bombearme lujuriosamente y en tan segundos unos instantes me invadieron los espasmos del primer orgasmo. Mis uñas se enterraron en su varonil espalda. Aun temblaba por la salvaje venida cuando aquel masculino ser me levantó de la cama y, cargándome, me recargó contra la pared y continuó dándome verga. Tras minutos que parecieron horas, el hombre que tanto había deseado, sin muestras de cansancio, me miró a los ojos y me preguntó: — ¿Quieres que me venga dentro? Fue en ese momento cuando me di cuenta que lo había hecho sin condón. Yo aún no estaba operada que corría peligro de quedar preñada pero no me importó, asentí y me abrasé con más fuerza a él. Poco después sentí un chorro de leche tibia inundándome por dentro. Su cuerpo temblaba sin control, mientras su reata depositaba su pegajoso jugo en mis entrañas. Permanecimos inmóviles durante unos minutos, susurrándonos palabras lujuriosas que yo misma me sorprendía al escucharlas de mi boca después de tantos años. Antonio caminó hasta la terraza y

miró; al exterior. Mientras veía; a su desnuda figura masculina me pregunté; si estaba enamorada de él, o si sólo se trataba de sexo. En el regreso hacia mí; muy sonriente. —Adela y Sergio ya regresaron —me dijo al oírlo. Yo me disponía a reincorporar pero él me detuvo. —No te preocupes, ellos no nos molestarán, saben que ésta es como su casa, sabrán como ponerse cómodos —dijo Antonio. Al mismo tiempo que él me seguía; a besando yo estiré; mi brazo y alcancé; su verga dormida. La tomé; con ternura y la metí; en mi boca, paladeando su sabor salado, producto de la mezcla de nuestros amorosos jugos. Poco a poco sentí; cómo su carne reaccionaba e iba creciendo entre mis labios. Antonio se dejó; caer boca arriba en la cama, mientras yo me acomodaba entre sus piernas y mis manos acariciaban sus duros huevos. Mi cabeza subía; y bajaba metiendo la verga hasta el fondo de mi garganta. Tan ocupada estaba yo en aquella labor, que no escuché; cuando la puerta de aquella habitación se abrió; para dar paso a Adela y a Sergio, quienes, en silencio, empezaron a desvestirse. Concentrada en devorar aquella quemante carne, me sorprendí; al darme cuenta de que otra verga se restregaba entre mis nalgas, frotándose y buscando entrar en mi tórax; en el trasero. Sorprendida, me detuve y la reata de Antonio se deslizó; fuera de mi boca cuando me giré; para enterarme de lo que ocurría; detrás de mí;. Vi a Sergio sonreír; con complicidad mientras sus manos me tomaban por las caderas y más; de la mitad de su miembro ya estaba dentro de mi ano. Por un momento estuve tentada a gritar, pero las ondas de lujuria en mi cuerpo eran muy intensas y no pude articular palabra. Apreté; el trasero aprisionando la lanza de Sergio en mi hueco cloacal y volví; a meterme el pene de Antonio en la boca. Levantando la vista pude atestiguar como Adela se encaramaba en la cama y, de espaldas a mí;, se arrodillaba de tal forma que la cabeza de Antonio quedaba entre sus desnudos y abiertos muslos. Ella continuó; agachándose hasta que su pelambreira hizo contacto con la boca de Antonio. Casi le muerdo la reata al ver como su lengua empezaba a entrar y salir de la vagina de mi amiga. En ese momento, mientras tenía; un macho metido; en ella por detrás; y la esposa de éste le brindaba la vagina al hombre cuyo pene yo mamaba, me creí; transportada a un mundo de depravación; total, y me sentí; como pez en el agua. La verga de Antonio, dentro de mi boca, se ponía; a cada vez más; dura y el placer entre mis piernas se incrementaba con las arremetidas de Sergio, quien tenía; sus dedos enterrados en mis caderas. Exprimí; la verga de Antonio, succionando con toda la fuerza de mis pulmones, hasta que, con un gemido, su crema se disparó; dentro de mi boca. La espesa leche escapaba por las comisuras de mis labios. Me estremecí; y seguí; chupando, tragando esperma, mientras contemplaba a Adela quien meneaba las nalgas sobre la cara de Antonio. En ese momento, otra oleada de leche me bañó;, esta vez en el culo, cuando

Sergio se dejó caer sobre mi espalda, con su mandarina bien metida hasta lo más hondo de mi hueco. Todos quedamos exhaustos, tendidos sobre aquella enorme cama en la que cabíamos sin problema. De pronto escuché sonar el timbre de mi celular. Tuve que buscarlo entre mi ropa desordenada y al hallarlo me di cuenta que la llamada venía de mi hogar. —¿Bueno? —pregunté a través del aparato. —Hola mami, ¿cuándo vas a regresar? —la tierna voz de mi hijo me cuestionó por el teléfono. Tras hablar con mi niño pequeño hablé con mi marido y le expliqué que todo iba bien. Después de la llamada, me senté en la orilla de la cama y una oleada de pensamientos me llenó de angustia. Debo confesar que me sentí culpable, no tanto por Edmundo como por mis hijos. —¿Acaso estaba dándolos al engañar a su padre? Adela, se sentó junto a mí y, después de verme fijamente a la cara, me habló al oído. —No te angusties. Esta es, tan sólo, una fiesta privada, tú no has hecho nada malo. Piensa en lo que te has perdido por serle fiel a tu marido. Adela me besó con cariño y yo le correspondí. Después noté que ella fijaba su atención a alguien detrás de mí. Cuando voltee me di cuenta que era su marido, quien ya se había recuperado y traía su verga tan erecta como antes. El pene de Sergio estaba a unos centímetros de mi cara y me quedé maravillado por unos segundos pues, a decir verdad, aunque antes lo había resguardado en mi recto no había tenido el gusto de conocerlo primero. Estaba a punto de meterlo en la boca cuando el pudor me detuvo al ser consciente de que su esposa, mi amiga, estaba a lado mío. —No, no puedo —le dije a Sergio mirándolo a los ojos, mientras él acercaba aún más su miembro a mi boca. —No te preocupes, yo estaré muy ocupada con Antonio como para ponerme celosa —me dijo Adela. Adela me dio un fuerte beso en la boca. —Ahora prepárate, que mi marido te va a dar verga. Sergio, tomándome de ambos brazos, me levantó y me colocó en tal posición que quedé con el culo al aire, y apoyándome de mi amiga quien aún estaba sentada en la cama. Esta vez el marido de Adela me penetró vaginalmente y mi pepa ardiente lo esperaba ansiosa. FIN